

ENTREVISTA A GUZMÁN CARRIQUIRY, SECRETARIO ENCARGADO DE LA VICEPRESIDENCIA DE LA PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA

Por el p. José Tola

LA ELECCIÓN DEL CARDENAL JORGE MARIO BERGOGLIO COMO SUMO PONTÍFICE HA PUESTO A LA IGLESIA QUE PEREGRINA EN AMÉRICA BAJO LA ATENCIÓN DE LA IGLESIA UNIVERSAL. PERO ESTA ENORME BENDICIÓN ES AL MISMO TIEMPO PARA LOS CATÓLICOS UNA GRAN RESPONSABILIDAD, QUE EXIGE REFLEXIONAR Y PREGUNTARNOS SOBRE el momento actual desde nuestra identidad y misión. Entrevistamos al profesor Guzmán Carriquiry Lecour, Secretario Encargado de la Vicepresidencia de la Pontificia Comisión para América Latina, quien desde hace más de cuarenta años sirve a la Iglesia y al Sumo Pontífice en la Santa Sede y posee un amplio conocimiento de la historia y actualidad de la Iglesia americana.

¿CUÁL ES LA IMPORTANCIA DE QUE NOS PREGUNTEMOS SOBRE EL SIGNIFICADO QUE TIENE PARA LA IGLESIA EN AMÉRICA QUE UNO DE SUS HIJOS HAYA SIDO LLAMADO POR DIOS A SER OBISPO DE ROMA Y PASTOR UNIVERSAL?



El hecho inédito en la historia de la Iglesia de la elección de un Papa que proviene de América Latina trae consigo profundas implicaciones de imprevisibles consecuencias. ¡El primer Papa latinoamericano! El hecho de que el Papa sea de origen latinoamericano pone a nuestras iglesias, a nuestros pueblos y a nuestras naciones en una

situación singular. La Providencia está pidiendo a todos en América Latina una reflexión muy a fondo sobre este acontecimiento. No basta estar orgullosos y contentos con el Papa Francisco, aunque sean buenos sentimientos, sino que hay que plantearse cuáles son esas nuevas exigencias y responsabilidades que este Pontificado trae consigo para las Iglesias en América Latina y para la vida de nuestros pueblos y naciones.

¿CUÁLES SON ESAS EXIGENCIAS Y RESPONSABILIDADES?

La primera pregunta que toda comunidad cristiana, toda Iglesia local y cada pastor tendría que plantearse ante este año y medio de Pontificado del Papa Francisco, es ¿qué es lo que el Espíritu de Dios está indicando? ¿Qué nos está mostrando? ¿Qué es lo que está pidiendo que cambiemos para esta hora de la Iglesia en América Latina? ¿Qué es lo que el Espíritu de Dios nos está diciendo a través del testimonio, el ministerio y el Magisterio del Papa Francisco? Si no nos hacemos a fondo estas preguntas, quiere decir que nos hemos quedado en la superficie de las cosas.

Creo que el actual Pontificado nos llama a la responsabilidad —usando las palabras del Papa Benedicto XVI en Aparecida— de «un salto cualitativo en la fe de nuestro pueblo», lo que implica retomar y relanzar con fervor, audacia y creatividad la misión continental. Poco aprovecharíamos la atracción que el Papa Francisco suscita en el ánimo de todos los latinoamericanos, así como la caída de tantos prejuicios y resistencias, o las preguntas que surgen en el alma de muchos y el acercamiento a la Iglesia de tantos que estaban alejados, si no procediéramos con un renovado dinamismo espiritual y misionero a la nueva evangelización de nuestros pueblos.

Al mismo tiempo el Pontificado del Papa Francisco plantea a la Iglesia en América Latina la exigencia de una mayor solicitud apostólica universal. En la dinámica “multipolar” de los mundos de encarnación de la Iglesia, la Iglesia latinoamericana parece llamada a asumir una centralidad emergente. Esto le exige nada menos que saber recapitular en sí, en la medida de lo posible, toda la riqueza de

gracia y santidad, de doctrina, cultura y caridad, de la gran tradición católica, para enriquecer la vida de nuestros pueblos.

El hecho de que el Papa sea de origen latinoamericano pone a nuestras iglesias, a nuestros pueblos y a nuestras naciones en una situación singular. La Providencia está pidiendo a todos en América Latina una reflexión muy a fondo sobre este acontecimiento.

Hay que plantearse cuáles son esas nuevas exigencias y responsabilidades que este Pontificado trae consigo para las Iglesias en América Latina y para la vida de nuestros pueblos y naciones.

Le pide también una más decidida cooperación misionera *ad gentes*.

¿Acaso nos olvidamos que el primer santo latinoamericano, Felipe de Jesús, mexicano, fue mártir en Japón? La Alianza para el Pacífico, ¿no nos está indicando que América Latina tiene una responsabilidad de cooperación misionera en el extremo oriente

asiático, y no solo a través de la formación de sacerdotes y religiosos misioneros, sino también de movimientos eclesiales e incluso de empresarios, funcionarios, comerciantes y militares, como lo fueron los laicos misioneros en la Iglesia primitiva en el imperio romano? ¿Hemos olvidado que la NAO, que cruzaba cada año de México a Manila, llevó a estas tierras la devoción a Nuestra Señora de Guadalupe? Y por otra parte, ¿no tendría que pagar Brasil la deuda del tráfico y de la esclavitud en sus plantaciones con una cooperación misionera en el África? ¿Y qué significa como exigencia misionera para América Latina el vasto mundo de los hispanos en Norteamérica? ¿No deberíamos pagar la deuda de la gran gesta de la nueva evangelización americana dando a tierras europeas, hoy tan resacas, la colaboración misionera que viene de América Latina?

DESDE EL INICIO DE SU PONTIFICADO EL PAPA FRANCISCO HA ALENTADO CONTINUAMENTE A LA IGLESIA A UNA CONVERSIÓN QUE NO SE LIMITA A LO PERSONAL, SINO QUE SE EXTIENDE TAMBIÉN A SU DIMENSIÓN INSTITUCIONAL, O INCLUSO A LOS "MODOS" A LOS QUE MUCHAS VECES SE ESTÁ ACOSTUMBRADO Y QUE EN ALGUNOS CASOS PUEDEN HABER LLEVADO A UN CIERTO ANQUILOSAMIENTO DE LA TAREA EVANGELIZADORA. ES UN TEMA MUY PRESENTE EN LA

EVANGELII GAUDIUM. SABEMOS ADEMÁS QUE ESTE PONTÍFICE PARTICIPÓ EN APARECIDA COMO JEFE DE LA COMISIÓN REDACTORA DE UN DOCUMENTO QUE HABLA FRECUENTEMENTE DE CONVERSIÓN PERSONAL, PASTORAL Y MISIONERA. ¿QUÉ PUEDE DECIRNOS ACERCA DE ESTA TRIPLE DIMENSIÓN, O “TRÍPODE” DE LA CONVERSIÓN COMO NECESIDAD URGENTE EN LA VIDA Y MISIÓN DE LA IGLESIA Y COMO ACENTO EN EL MAGISTERIO ACTUAL?

En América Latina toda Iglesia local, Conferencia Episcopal, parroquia, comunidad religiosa, movimiento, asociación, grupo, etc., debería tener esta exhortación apostólica en la cabecera, como gran directiva evangelizadora, y buscar aplicarla creativamente. Efectivamente, el punto central del documento es el llamado a la conversión, y ante todo a la conversión personal. El Papa Francisco retoma de Aparecida —se pueden descubrir muchos hilos conductores entre Aparecida y *Evangelii gaudium*— la exigencia de un renovado encuentro personal con Jesucristo. Lo dice en tono muy grave y urgido en el número 3 de la exhortación: «Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso». ¡Esta es la primera invitación urgente del Pontificado! Un encuentro con Cristo que tenga la misma realidad, la misma novedad, la misma actualidad, el mismo poder de afecto y persuasión que tuvo el encuentro de Cristo con sus primeros discípulos hace doscientos años, o con los “juandiegos” del nuevo mundo hace 500 años. Un encuentro que debe hacerse seguimiento: permanecer con el Señor, escuchar sus enseñanzas, reconciliarse siempre con él, entrar siempre en mayor comunión con él. Un encuentro que cambia la vida no obstante nuestras resistencias y miserias. Un encuentro que ha de llenar el corazón con un nuevo sentido de las cosas y un nuevo gusto por la propia vida, una nueva inteligencia de toda la realidad, un crecimiento en humanidad, una mayor felicidad y esperanza.

¿No deberíamos pagar la deuda de la gran gesta de la nueva evangelización americana dando a tierras europeas, hoy tan reseca, la colaboración misionera que viene de América Latina?

Cristo ha de ser experimentado en cada persona como la respuesta sobreaabundante, pero sobre todo correspondiente y totalmente

No se puede responder a esta exigencia si continuamos haciendo “lo mismo de lo mismo”, como si nada nuevo hubiera ocurrido; sería demasiado fácil responder diciendo «es lo que siempre se ha hecho». La reforma pastoral implica un examen de conciencia muy a fondo para todos los que colaboran en actividades pastorales de la Iglesia.

satisfactoria de los anhelos connaturales del corazón del hombre que piden amor y verdad, justicia y felicidad. El Papa pide, por consiguiente, que no nos dispersemos en cosas secundarias —que pueden ser importantes—, para que nos concentremos en lo esencial, que es esa presencia de Cristo, Verbo de Dios encarnado, contemporáneo a todo hombre por medio de su cuerpo que es la Iglesia y que sale a nuestro encuentro repitiéndonos su “ven y sígueme”, para que respondamos con un *fiat* como el de María y podamos llegar a decir por gracia de Dios «no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí».

La conversión pastoral de la que hablan Aparecida y *Evangelii Gaudium* se refiere a una Iglesia *semper reformanda*, para ser siempre más fiel a su Señor. Cuando se habla de conversión pastoral muchas veces insistimos en la necesaria revisión de planes y estructuras, que a menudo han ido fosilizándose por inercia, perdiendo su densidad religiosa y el ímpetu misionero; por eso el Papa a veces habla de estructuras caducas que hay que reformar.

Pero lo de “conversión pastoral” trae a colación la conversión de los pastores. Si el Papa nos muestra una conversión del Papado, una reforma del Papado en acto, esto trae necesariamente consigo la responsabilidad de una reforma del Episcopado. Es decir, de una conversión de los pastores, los obispos, y de sus colaboradores en el ministerio. El Papa se ha referido en diversas oportunidades a lo que él espera de los obispos. Lo hizo con especial énfasis a los nuncios apostólicos, también en su visita a la plenaria de la Congregación para los obispos, en su alocución a los obispos brasileños en Río, en su reciente alocución a los “neo obispos”, y en otras ocasiones más, pero sobre todo él mismo está mostrando a los obispos el testimonio de un pastor en medio de su pueblo, con esa proximidad a las personas, a las familias, a los grupos humanos, llena de ternura y de compasión, de misericordia y solidaridad, de ímpetu incontenible por anunciar el Evangelio de Cristo y comprometerse en la misión.

No se puede responder a esta exigencia si continuamos haciendo “lo mismo de lo mismo”, como si nada nuevo hubiera ocurrido; sería demasiado fácil responder diciendo «es lo que siempre se ha hecho». La reforma pastoral implica un examen de conciencia muy a fondo para todos los que colaboran en actividades pastorales de la Iglesia, pidiendo la gracia de Dios para vivir profundamente esa conversión, por el bien personal y de todos aquellos a quienes se sirve. En esa conversión pastoral, el Papa también destaca con fuerza otro tema: en América Latina somos expertos en elaborar continuamente criterios, planes y proyectos pastorales, que ciertamente pueden ser instrumentos útiles, pero solo instrumentos. Jamás deben convertirse en camisas de fuerza para un cuerpo, el de la Iglesia, que crece gracias a las mociones del Espíritu, que anima la sacramentalidad de la Iglesia y asiste a los señores obispos, y que «sopla donde quiere y cuando quiere». Por ello debemos estar abiertos a las “sorpresas de Dios”, sin quedarnos reducidos a nuestras seguridades humanas, medidas y proyectos.

La conversión pastoral es también “conversión misionera”. De hecho el verbo más usado por el Papa es “salir” y luego, «salir, salir, salir e ir al encuentro», es decir no quedarse encerrado en los templos a la espera de nuestros eventuales “clientes”. Se han invertido radicalmente las proporciones en aquello de «las noventa y nueve ovejas en el recinto». Hay que salir e ir al encuentro de todos aquellos que se han ido alejando de la Iglesia. Hay que salir al encuentro de todos sin exclusiones y pre-condiciones morales. Hay que saber acercarse a todos con ese amor que Cristo tiene por cada persona, con el abrazo de la misericordia, con un testimonio lo más transparente posible de la presencia de Cristo en la propia vida, y por el anuncio explícito de aquellas que son las razones de nuestra esperanza, en los momentos oportunos que nos indique el Espíritu Santo. El Papa insiste en evitar toda autosuficiencia o “autorreferencialidad” eclesial.

¿CUÁLES SON LOS DESAFÍOS MÁS IMPORTANTES QUE LA IGLESIA EN AMÉRICA LATINA DEBERÍA AFRONTAR A LA LUZ DEL PONTIFICADO DE FRANCISCO?

En realidad el mayor desafío para la misión es siempre la pregunta inquietante que tenemos que hacernos los cristianos: ¿Cómo damos testimonio de Cristo en todos los ambientes y cómo anunciamos su presencia en todas las dimensiones de la convivencia humana?

Hoy en día se difunde por doquier, sobre todo en nuestras megalópolis y en la red urbana de América Latina, un impetuoso proceso de secularización. Es un desafío grande, pero más grande aún cuando se convierte en auto-secularización dentro de la misma Iglesia, lo que significa ofuscamiento del misterio de Dios en la vida de los cristianos, pérdida de la alegría y belleza de reconocerse católicos, disociación entre la fe profesada y la vida practicada, y debilitamiento de toda capacidad testimonial y misionera. La secularización urge a la Iglesia a profundizar por gracia de Dios en su ser misterio de comunión misionera, y de manifestarlo a través de la dicha de la evangelización.

En un reciente informe de la agencia “Latino-barómetro” se señala, sin embargo, que si se suman los porcentajes de quienes se reconocen católicos con los cristianos de otras confesiones —protestantes “clásicos”, pentecostales y evangélicos— los porcentajes de agnósticos y ateos no han cambiado sustancialmente en las últimas décadas, con excepción de Uruguay, desde hace tiempo, y de Chile desde las dos últimas décadas. Eso no nos puede dejar tranquilos, pues indica que ha habido una migración religiosa muy fuerte de la Iglesia católica hacia esas comunidades “cálidas”, sobre todo evangélicos y pentecostales. Muchas veces evitamos ese examen de conciencia incómodo sobre los alejamientos masivos mediante el recurso a la denuncia contra comunidades, sea por sus orígenes —norteamericanos—, sus fuentes de financiación, su agresivo proselitismo, etc. La pregunta inquietante que tenemos que hacernos tiene que ver con lo que ha fallado en la edificación de nuestras comunidades cristianas, en nuestra catequesis, en nuestra evangelización, para que muchos de nuestros hermanos latinoamericanos busquen su satisfacción religiosa en dichas comunidades.

El Pontificado del Papa Francisco quizá esté atrayendo nuevamente hacia la Iglesia católica a no pocas personas que se habían alejado de ella. Por otra parte, ya desde Aparecida —y también en el Pontificado— estamos llamados a combinar con prudencia una adecuada y necesaria catequesis a los fieles católicos reafirmando la sacramentalidad de la Iglesia, la devoción a María y a los santos, y la comunión con el Papa y los obispos, con el diálogo fraterno

y orante con aquellas comunidades cristianas y pastores que den muestras de fervor evangélico, porque las hay también que derivan hacia lo sectario, el dinero, lo mágico, etc. Estas migraciones religiosas exigen también a la Iglesia replantear su presencia “institucional”, la creación de parroquias, capillas o centros de pastoral, o el envío de comunidades misioneras, a todos aquellos espacios de la convivencia, fundamentalmente las enormes periferias sub-urbanas, o a sectores del campo, o a las comunidades indígenas, en donde la ausencia de la Iglesia católica ha provocado tales migraciones religiosas.

El desafío mayor de la secularización o auto-secularización proviene de una cultura global dominante de vigencias relativistas, hedonistas, utilitaristas y tendencialmente nihilistas, que nos penetra a todos capilarmente, hasta las vísceras, y muchas veces nos va “con-formando” y asimilando a una lógica mundana. Ello implica una inteligencia crítica de la realidad que tiene que estar guiada por una *mens catholica*, capaz de reaccionar ante los acontecimientos de la vida personal y colectiva, y frente a todo el caudal de informaciones con las que somos bombardeados, con una sensibilidad y mentalidad conformada por la fe profesada. En este sentido decía el Papa Benedicto XVI en una alocución al Pontificio Consejo para los Laicos que «la inteligencia de la fe debe convertirse en inteligencia de toda la realidad».

CON TODA LA NOVEDAD DE ESTE PONTIFICADO HAY QUIENES PONEN SU ATENCIÓN EN LO QUE SERÍAN SIGNOS DE “RUPTURA” O SE CONCENTRAN EN COMPARACIONES ENTRE UN PONTIFICADO Y OTRO. ¿DÓNDE DEBEMOS VER, MÁS BIEN, LOS SIGNOS DE LA CONTINUIDAD?

En otras entrevistas he señalado ya que me molestan este tipo de comparaciones, ¡como deberían molestar a todo católico! Eso viene del demonio, que es experto en la división y el engaño. Puede ser tan falaz elaborar críticas al Pontificado actual desde una cierta “nostalgia” de lo anterior, como exaltar el Pontificado del Papa Francisco para denigrar a sus predecesores. ¡El primer enemigo de esta actitud es el mismo Francisco! Por lo demás es evidente para todos el afecto y admiración entre él y Benedicto XVI. Pero en todo

caso debemos señalar con firmeza que este Pontificado se da en clara sintonía y continuidad con la tradición de la Iglesia.

Si afirmamos que el Pontificado del Papa Francisco es esencialmente misionero, tendido hacia todas las periferias geográficas, sociales y existenciales, y que incluso privilegia ir al encuentro de los más alejados de la Iglesia, al mismo tiempo debemos afirmar que ello se sitúa dentro de una vigorosa continuidad con la vida de la Iglesia, especialmente desde el Concilio Ecuménico Vaticano II. El Concilio se propuso renovar la autoconciencia y la comunión de la Iglesia para desatar su ímpetu misionero al servicio de toda la familia humana.

Pablo VI supo recapitular, retomar y relanzar esta intencionalidad evangelizadora del Vaticano II en modo sintético e iluminante gracias a la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, documento que fue fruto del tercer Sínodo Mundial de los Obispos sobre la Evangelización, en el

Puede ser tan falaz elaborar críticas al Pontificado actual desde una cierta "nostalgia" de lo anterior, como exaltar el Pontificado del Papa Francisco para denigrar a sus predecesores. ¡El primer enemigo de esta actitud es el mismo Francisco!

que hubo una fuerte contribución e influjos latinoamericanos, y en el que la Iglesia latinoamericana se sintió especialmente alentada, convirtiendo este documento en la base de orientaciones en la preparación de la III Conferencia General de Puebla.

El Papa San Juan Pablo II señaló explícitamente este documento de Pablo VI como la base e inspiración de la nueva evangelización que lanzó desde Haití el 13 de marzo de 1983 en una Asamblea General del CELAM en Port-au-Prince, cuando destacó que se requería para América Latina una evangelización «nueva en su ardor, método y expresiones». La convocatoria a una nueva evangelización se transforma en un lema iluminante y entusiasmante para toda la Iglesia universal en los Pontificados de San Juan Pablo II y Benedicto XVI.

Por otra parte es cierto que al Papa Francisco quizá no le gusta abundar en el lenguaje y en la referencia a una "nueva evangelización". Así lo expresa en el número 12 de la *Evangelii gaudium*: «En cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios, que quiso llamarnos a

colaborar con Él e impulsarnos con la fuerza de su Espíritu. La verdadera novedad es la que Dios mismo misteriosamente quiere producir, la que Él inspira, la que Él provoca, la que Él orienta y acompaña de mil maneras». Y en el numeral anterior aclaraba que «la propuesta cristiana nunca envejece. Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre “nueva”». Pero es el mismo Papa Francisco quien nos dice que «la actividad misionera representa aún hoy día el mayor desafío para la Iglesia y la causa misionera debe ser la primera» (n. 15). Y señala que «la salida misionera es el paradigma de toda obra de Iglesia», por eso quiere que se convierta nuestra pastoral en clave misionera.

Debemos señalar con firmeza que este Pontificado se da en clara sintonía y continuidad con la tradición de la Iglesia.

SIN AFÁN DE PREDECIR EL FUTURO, EN SU OPINIÓN ¿CUÁL PODRÍA SER EL IMPACTO EN AMÉRICA LATINA DEL PONTIFICADO DE FRANCISCO?

Sería muy difícil encontrar en América Latina a alguno de sus habitantes que no esté orgulloso y feliz, lleno de simpatía y empatía, con el Papa Francisco. Este efecto sobre la vida de las personas, de las familias y de los pueblos latinoamericanos puede conducir a un refloreamiento de la vida cristiana en América Latina, si todos los latinoamericanos, comenzando por los pastores, sabemos ayudar a las personas a abrir su corazón al Evangelio. Entre muchas otras tareas evangelizadoras, pienso especialmente en las familias a la luz del actual camino sinodal, en los jóvenes, después de la Jornada Mundial de la Juventud en Copacabana. Creo que el “efecto Francisco” se dejará sentir en las diversas dimensiones de la convivencia social en nuestros países. Sabemos también con cuánta determinación y profundidad el Papa ha asumido esa dimensión del Evangelio que nos convoca a un amor preferencial



por los pobres. Esto lleva a un examen de conciencia a las Iglesias de América Latina. Es posible, además, que diversos movimientos populares en tiempos de debacle de las ideologías, encuentren en el aliento del Papa Francisco y en la Doctrina Social de la Iglesia,

si sabemos difundirla bien y aplicarla creativamente, motivos de inspiración.

Sabemos que América Latina ha tenido diez años muy importantes de crecimiento económico, gracias a los altos precios de los *commodities* en el mercado internacional y a la irrupción de China en la economía latinoamericana, y que ha logrado incorporar al mercado del trabajo y a los servicios a decenas de millones de latinoamericanos que están componiendo emergentes clases medias populares en nuestros países; sin embargo América Latina continúa cobijando en sí muy vastos bolsones de miseria, violencia y estridentes y escandalosas desigualdades sociales. El Magisterio del Papa Francisco referido a la cuestión social y a la dignidad del trabajo, a la crítica de las idolatrías del dinero y del poder, a la promoción de una cultura del encuentro, a la denuncia del narcotráfico y del narco-negocio, a la solicitud apostólica por los migrantes y refugiados, por los niños y ancianos abandonados, por todos los que sufren estas situaciones, ciertamente va a tener mucho impacto en América Latina... y más aún si de todo ello se hacen eco nuestras Iglesias.

También es significativo que en solo un año y medio de Pontificado casi todos los jefes de Estado de los países latinoamericanos hayan querido pasar por Roma a ver al Santo Padre, algunos de ellos en sucesivas oportunidades. El diálogo muy personal, de corazón a corazón, que el Santo Padre ciertamente establece con estos ilustres visitantes no puede no dejar de tener repercusiones, así

como la mayor atención que los mismos gobernantes prestan a la presencia de la Iglesia en sus países. Esto no quiere decir que se hayan transformado en “monaguillos”, y que muchas veces no merezcan una palabra crítica de parte de los Episcopados, pero es evidente que el Pontificado del Papa Francisco fortalece la presencia y la contribución pública de la Iglesia en los diversos países de América Latina. Basta tener presentes las recientes elecciones en Brasil para darse cuenta de que, ante la presencia de la comunidad católica, así como de las comunidades evangélicas, los diversos candidatos en el abanico político electoral en Brasil tuvieron especial cuidado de no incorporar en sus programas cuestiones éticamente sensibles para las enseñanzas morales de la Iglesia.